

ANTONIO MANZINI

SOL DE MAYO

Traducción del italiano de
Julia Osuna Aguilar



Título original: *Era di maggio*

Ilustración de la cubierta: Stefan Arendt / Getty Images

Copyright © Sellerio Editore, Palermo, 2016

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7ª 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-19-7

Depósito legal: B-4.461-2017

1ª edición, marzo de 2017

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

Para mamá y papá

Un hombre solo,
encerrado en su cuarto.
Con todas sus razones.
Todas sus equivocaciones.
Solo en un cuarto vacío,
hablando. A los muertos.

GIORGIO CAPRONI

LUNES

LA SOMBRA DE LA 'NDRANGHETA TRAS LOS EXTORSIONADORES DE AOSTA

Prestaban dinero a empresarios y particulares con unos intereses desorbitados, para más tarde apoderarse de parte de sus bienes y cuentas bancarias. Ésta era la actividad de Domenico Cuntrera, oriundo de Soverato, con antecedentes penales, al que la policía ha arrestado gracias a las investigaciones sobre el homicidio de Cristiano Cerruti, mano derecha del constructor Pietro Berguet, presidente de Edil.ber.

El jefe superior de policía Andrea Costa afirmó durante la rueda de prensa: «Gracias a las concienzudas investigaciones de mis hombres, hemos llegado al corazón de la organización, pero no puedo profundizar en el tema porque estamos convencidos de que no es más que la punta del iceberg.»

«Las organizaciones mafiosas llevan años radicadas en esta región, no podemos negarlo, y me atrevería a decir que este último episodio desenterrado por la jefatura de Aosta supone la prueba definitiva», comentó el comandante de

los carabinieri Gabriele Tosti, de la Dirección de Investigación Antimafia de Turín.

«Estamos ante un ataque contra la parte sana de este país. Haríamos bien en no dejar a nuestros emprendedores a merced de estas organizaciones mafiosas», afirma el juez Baldi desde la fiscalía.

Domenico Cuntrera, arrestado por el asesinato de Cristiano Cerruti, fue detenido en la frontera suiza tras abandonar precipitadamente la pizzería Posillipo, el establecimiento que regentaba en Aosta. En manos del homicida —vinculado con toda seguridad a un clan mafioso—, se hallaron numerosos documentos que ya están siendo examinados por los investigadores. La detención de este individuo podría ser el primer éxito verdadero del Estado en su lucha contra la delincuencia organizada en nuestro territorio.

Giampaolo Gagliardi

Rocco experimentó una vaga satisfacción al constatar que su nombre no aparecía en el artículo. Pero eso no bastó para aliviar su estado de postración. Llevaba tres días sin salir. Tres días sin encender el móvil, sin pisar la comisaría ni ver a sus compañeros de trabajo, sin ir a desayunar a la piazza Chanoux, sin fumarse un porro ni quedar con Anna. Quitando los paseos con *Loba* para que ésta hiciera pipí, permanecía atrincherado en su cuarto de la pensión Vieux Aosta, mirando alternativamente el televisor y el techo, que a menudo resultaba mucho más interesante que el primero. La cachorra parecía encantada con aquella nueva vida consistente en largas siestas en la cama con su dueño, grandes comilonas y breves paseos por el centro histórico para bajar un poco la comida. Era comprensible; la habían abandonado en

medio de la nieve y había estado vagando durante días por bosques y prados, arriesgando la vida a saber cuántas veces. Estar calentita en un sitio seguro, sobre un edredón blando y acogedor, sin angustias, padecimientos o el miedo a ser embestida por un camión, le parecía un sueño. Y disfrutaba al máximo de esa calidez, saboreando segundo a segundo la seguridad que la rodeaba.

Rocco, con el periódico en la mano, volvió la página.

SIGUEN SIN IDENTIFICAR AL ASESINO DE LA CALLE PIAVE

Todavía no se ha puesto nombre ni rostro al hombre que la noche del jueves pasado entró en el piso del subjefe Rocco Schiavone, en la calle Piave, y mató de ocho disparos a Adele Talamonti, romana de treinta y nueve años, amiga y confidente del subjefe. Según las últimas revelaciones, la víctima se encontraba en Aosta de visita amistosa. Su cuerpo ha sido trasladado a la capital y se le ha dado sepultura en Montecompatri, la población cercana a Roma de la que es originaria su familia. Sobre el homicidio, sin embargo, quedan muchas preguntas pendientes. ¿Era realmente ella el objetivo del asesino, o lo era Schiavone, quien la noche de autos no durmió en su casa? En la jefatura las bocas están selladas, y en la fiscalía el silencio es ensordecedor. En los despachos parecen estar cerrando filas en torno al subjefe, destinado en Aosta desde septiembre del año pasado. Un policía eficaz, que ya ha obtenido resultados excelentes, entre los que destaca el reciente descubrimiento de una red de extorsión mafiosa. La pregunta es: ¿estamos ante una investigación con alto riesgo de contaminación o bien ante la ley del silencio impuesta entre las fuerzas del orden cuando es uno de los

suyos quien está en el ojo del huracán? Si así fuera, cabría pensar en una necrosis de la democracia. No obstante, queremos encomendarnos a nuestras fuerzas del orden y depositar en ellas nuestra confianza.

Sandra Buccellato

—¡De qué coño va! —Rocco tiró el periódico al suelo—. ¡Ley del silencio, su puta madre! —gritó a las hojas del diario desperdigadas por el suelo.

¿Quién era Sandra Buccellato? ¿Qué insinuaba? Era el segundo artículo que escribía en ese tono sobre el asesinato. «Adele Talamonti, romana de treinta y nueve años», era la pareja de Sebastiano, su mejor amigo de Roma. La «víctima» era una querida y vieja amiga, que en esos momentos yacía en el cementerio de Montecompatri. ¿A cuento de qué inyectaba ese veneno en sus artículos?

Sandra Buccellato tendría que haber escrito lo siguiente: «¡Señor Schiavone! ¡Le han matado a una amiga en su propia casa, y en lugar de investigar, lleva días encerrado como un oso en letargo! ¿A qué espera? Espabile e intente averiguar algo. Mientras usted se lame las heridas, ese cabrón está campando a sus anchas, tan tranquilo. ¡Mueva el culo, Schiavone!»

Adele había muerto en lugar de Rocco, ésa era la pura verdad. Los ocho tiros del calibre 6,35 que le habían descerrajado mientras dormía plácidamente en la cama de la calle Piave iban dirigidos a él. Y sólo a él. Aquel asesinato era culpa suya. El enésimo.

Igual que el de Marina.

Estaba contemplando cómo se amustiaba el día cual flor arrancada.

Llamaron a la puerta. Sobre la cama deshecha, *Loba* levantó una oreja. Rocco no se movió. Esperó. Volvieron a llamar.

«Ya se irá», pensó.

Oyó que los pasos del visitante se alejaban por el pasillo y suspiró con fuerza.

Otro tocapelotas que se largaba.

Regresó lentamente a la cama y se hundió en el edredón. *Loba* se aovilló bajo su axila. Se quedaron dormidos en un abrazo de náufragos.

—¡Un cortado y un descafeinado! —gritó Tatiana.

Corrado Pizzuti no se inmutó y siguió con la mirada perdida en la cesta de las tazas que tenía que meter en el lavavajillas.

—Corrado, despierta, ¡que son las siete de la tarde!
¡Un cortado y un descafeinado!

El hombre salió de su ensoñación y miró a los dos clientes de la barra. Eran *Ciro* y *Luca*, los dos municipales de *Francavilla al Mare*.

—¿Estás sobado o qué? —le preguntó el primero.

—¡Anda, prepara otro café para ti! —añadió *Luca*.
Corrado empezó a trajinar en la máquina.

—Vaya día bueno de sol que ha hecho, ¿verdad, *Tatiana*? ¿Por qué no vamos luego a comer pescadito?

Luca llevaba tres años rondando a *Tatiana*, la socia de *Corrado*. Y aún no se había enterado de que la rusa llevaba dos años casada con un contable viudo y sin hijos, *De Lullo*.

—¡Llévate a tu mujer a comer pescadito! —le contestó ella sin acritud.

Corrado sonrió apenas. La rusa nunca se enfadaba. Tenía una sonrisa perenne, siempre positiva. Tal vez por eso, tres años atrás le había ofrecido ser socia del bar. Ella no había puesto dinero, ¿de dónde iba a sacarlo?

Pero él necesitaba a alguien honrado a su lado, una persona de fiar a la que poder dejar a cargo del local y la caja cuando tuviera que ausentarse por algún motivo. Como la semana anterior, cuando Enzo se había presentado en su casa en plena noche y lo había llevado a rastras hasta Aosta. ¿Quién le habría dado a ese hijo de perra su dirección en Francavilla? ¿Cómo lo había encontrado? Ante los chantajes de aquel asesino, no podía hacer otra cosa que obedecer y rezar por que desapareciera cuanto antes de su vida.

—¿Qué te pasa? —le susurró Tatiana.

Corrado sonrió.

—Te veo pensativo.

¿Qué iba a decirle? ¿Que sus días eran pesadillas sin fin? ¿Que habría cogido con gusto el primer vuelo a cualquier país en la otra punta del mundo?

—¡Aquí va el tuyo, Luca! —dijo en cambio, dejando el café ante el municipal.

—Entonces, ¿qué, Tatiana? ¿Nos tomamos ese pesadito o no?

—Haz una cosa, Luca. Termínate el café, llévate a Ciro y seguid con vuestra ronda. ¡Con suerte, hasta ponéis una multa antes de que se haga de noche!

Ciro se echó a reír y le dio una palmadita en el hombro a su compañero.

—Ay, amigo, ¡lo tienes crudo!

Cuando salían por la puerta, los dos policías se cruzaron con Barbara, que entraba a su vez en el bar Derby con una sonrisa de treinta y dos dientes.

—Corrado, ¿me pones dos té? ¡Para llevar a la tienda!

—¡Marchando! —respondió él.

Las dos propietarias de la librería de al lado le imponían. Pero no porque fueran serias o autoritarias. Barbara y Simona vendían libros, lo que, para él, las revestía de un halo de misterio. Porque café y bocadillos compra todo el mundo, pero ¿libros? Además, el negocio

no les iba nada mal. Como si fueran dos sacerdotisas de un culto desconocido para Corrado, les tenía respeto y cumplía todos sus deseos.

—¿Con limón, como siempre?

—¡Con limón, como siempre!

—Corrado, cuando termines, enciende las luces de fuera, que ya va tocando —le pidió Tatiana, y le hizo un gesto a la librera para que la siguiera al exterior: quería hablar con ella.

Ya en la acera, se encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Barbara, que rechazó el ofrecimiento.

—¿Qué pasa, Tatià?

—Corrado está raro. Hace cuatro días cerró el bar y estuvo dos noches fuera. No me ha dicho por qué ni me ha contado adónde fue. Desde que ha vuelto está... no sé, pálido, con la cabeza en las nubes, y se sobresalta con el mínimo ruido.

—¿Por qué crees que es?

—No lo sé, pero no me gusta.

Se quedaron observando por la cristalera al hombre, que estaba calentando el agua del té en la jarrita de aluminio.

—Corrado tiene un pasado feo en Roma. Una vez me contó que no podía volver.

A Barbara se le iluminaron los ojos.

—¿Qué clase de pasado?

Como lectora empedernida de Le Carré y P.D. James, veía complots y enemigos en cada esquina.

—Cosas feas, ya te lo he dicho —respondió Tatiana, y añadió a media voz—: Incluso estuvo en la cárcel...

—¿Y entonces?

—No lo sé. Hay algo que lo tiene intranquilo.

—¡Ya está el té! —gritó Corrado.

Barbara le dio un apretón a Tatiana en el brazo, un gesto de solidaridad, y entró. La rusa se quedó fuera, apurando el cigarrillo mientras miraba el cielo. El mar seguía estrellando las olas contra la playa y los escollos.

No tardaría en anochecer del todo. La librera pasó a su lado con las dos tazas.

—Hablamos luego —le susurró, y se dirigió hacia su tienda.

Tatiana tiró la colilla y volvió al bar. Apoyado en la máquina de café, su socio contemplaba la caja de los zumos.

—Anda, Corrado, hazme un favor y vete a casa. Ya cierro yo.

—¿Cómo?

—Que te vayas a casa. Métete en la cama, o estírate en el sofá a ver la tele y descansa. Total, el día ya está echado.

Él asintió.

—Sí... sí, vale. Ya me voy.

La mujer pasó tras la barra.

—¿Seguro que no tienes fiebre?

—¿Eh?

—Que si no tendrás fiebre.

—No. No, qué fiebre ni fiebre —respondió Corrado—. ¿Cierras tú?

—Te he dicho que yo me encargo.

El hombre hundió la cabeza entre los hombros, cogió el cortavientos del perchero, sacó el gorro de lana del bolsillo y se lo caló.

—Bueno, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Tatiana se quedó mirándolo mientras se alejaba.

La luz desfallecía ya. El mar tardaría poco en convertirse en una mancha negra salpicada por los faros de las barcas de pesca. Corrado decidió volver a casa por el paseo marítimo, para airearse un poco. Se cruzó con dos chicos que habían salido a correr y con una mujer que volvía de pasear al perro. Por la calzada sólo pasa-

ron dos coches y un ciclomotor traqueteante. Franca-
villa al Mare era un pueblo de vacaciones. La mayoría
de las casas, sobre todo las del paseo, estaban cerradas
a cal y canto a la espera de sus dueños, que regresarían
con los meses estivales. Él vivía en una calle no muy le-
jos de la playa, y en su bloque, con dos escaleras y doce
pisos, sólo había tres viviendas habitadas, aparte de la
suya.

No podía seguir así. En infinita tortura. Dormía po-
cas horas, agitadas, grises, sin sueños.

«Todas las cosas tienen un principio y un fin —se
repetía—. ¿Por qué lo mío nunca termina?»

¿Durante cuánto tiempo más tendría que expiar sus
errores? Era peor que una cadena perpetua. «Habría
sido mejor acabar en la cárcel», se decía. ¿Por qué, seis
años atrás, aquel poli no se lo había cargado a él tam-
bién, como había hecho con su cómplice? Ahora volvía
a verse atrapado, impotente, asustado y a merced de un
asesino.

—¡Esto tiene que acabar! —soltó de corrido, mien-
tras metía la llave en la cerradura de la pequeña verja de
hierro que daba al patio interior.

Se dirigió a la izquierda, hacia la escalera A. Abrió el
portal. Su piso estaba en el entresuelo. Un único tramo
de escalera y entró en su casa. Encendió la luz. Se quitó
el gorro y el cortavientos y los colgó en el perchero de
la entrada. Respiró hondo y se metió en la cocina. Enzo
Baicocchi estaba sentado a la mesa. Fumando y viendo la
televisión. Tenía los postigos cerrados, al igual que las
ventanas, y la estancia olía a humo rancio y café añejo.
A Corrado se le encogió el estómago.

—Dichosos los ojos —dijo Enzo.

Él no respondió. Abrió el frigorífico y cogió una bo-
tella de agua.

—No has comprado una mierda de comer, ¿verdad?

Corrado lo miró apenas con el rabillo del ojo, mien-
tras iba al escurrerplatos a coger un vaso. Bastaría un gol-

pe seco con la botella en la nuca, con fuerza y decisión, para acabar con aquella pesadilla.

—No, no he comprado nada.

—¿Y qué cenó yo hoy?

El pelo rubio oxigenado de Enzo, reseco y tieso, parecía estopa. Apagó el cigarrillo en la taza de café.

—Podrías haberte agenciado unos bocatas en el bar... o un bollo de nata... ¡me cago en tus muertos!

—No lo he pensado.

—Pues yo me voy a cenar a Pescara. Dame cincuenta pavos.

Corrado terminó de echarse agua en el vaso. Bebió y lo dejó en el fregadero.

—No.

—¿No qué?

—Que no te doy una lira, Enzo. Me tienes hasta los cojones.

Baiocchi se volvió lentamente.

—¿Qué has dicho?

—Que llevas aquí tres días. Querías que te llevase a Aosta, y lo hice, pero ahora cada cual por su lado. —Ni él sabía de dónde había sacado el valor. Pero ya lo había dicho—. ¿Cuánto tiempo más tienes que quedarte?

Enzo se levantó muy despacio de la silla.

—Lo que me dé la gana. Y más te vale no tocarme las pelotas. ¿Sabes por qué?

Corrado negó con la cabeza. Enzo se metió una mano en el bolsillo y sacó un recibo.

—¡Mira lo que me he encontrado en el bolsillo de tu chaquetón! ¡Hay que ser capullo! —Se lo puso ante los ojos—. ¿Lo ves? ¿Sabes lo que es? Arriba están tu nombre y tu apellido, del hotel de Pont-Saint-Martin, donde dormiste y donde diste hasta el carnet. —Sonrió dejando a la vista sus dientes amarillos—. ¡Capullo! Con esto me basta y me sobra. Así que no te olvides, Corrà, que si a mí me pillan, tú vas detrás.

Corrado se apartó del fregadero.

—¿Por qué no vuelves a Roma y me dejas en paz?

—Ya volveré, ya, por eso no te preocupes, que volveré. Cuando se calmen las aguas. Pero ¿tú qué te has creído?

—¿Qué me he creído? ¡Qué te has creído tú! —gritó Corrado—. Encima vas y la cagas, y en vez de pegarle un tiro al poli te cargas a una tía que no tiene nada que ver. ¡Hay que ser negado!

Enzo no se movió: se quedó mirándolo sin cambiar la expresión.

—¡Me da que es cosa de familia, Enzo! —continuó él—. ¡Tú y tu hermano, Luigi, siempre os equivocáis de blanco!

Baiocchi estalló y se le echó encima. Lo golpeó contra la pared. Un cuchillo se había materializado en sus manos y lo acercó a la garganta de Corrado.

—¡Ojo con lo que dices, pedazo de mierda! ¡A mi hermano ni lo mientes!

La punta del cuchillo penetró en la piel del cuello. Corrado abrió la boca y cerró los ojos. Una gota de sangre rodó por el acero.

—¡Recuerda! ¡Como me pillen, tú vas detrás! —añadió Enzo; luego soltó a Corrado y, con gesto veloz, devolvió el arma al bolsillo—. Aféitate y date una ducha, que apestas a frito.